

El paro nacional de los días 13, 14 y 15 de agosto

El paro nacional, anunciado por el Frente Democrático Revolucionario para los días 13, 14 y 15 de agosto, había suscitado grandes temores en el gobierno y en la empresa privada y grandes expectativas en la opinión pública internacional. Lo que se esperaba y se temía era un paro de parecidas o mayores proporciones al que tuvo lugar los días 24 y 25 de junio. Esto no tuvo lugar. El paro fue sensiblemente inferior, aunque su significado político-militar es sin duda mayor.

El triunfo del primer paro se debió en parte a la novedad relativa de la medida y a la propaganda del gobierno sobre la ferocidad de los patrocinadores del paro. Cuando en el segundo día, la población advirtió que la Coordinadora Revolucionaria de Masas no hacía violencia alguna, su presencia en las calles, en los comercios y en la industria fue sensiblemente mayor. Y esto no por las acciones del gobierno sino por la actitud no violenta de los patrocinadores del paro. Este es un dato importante para entender lo que sucedió mes y medio después.

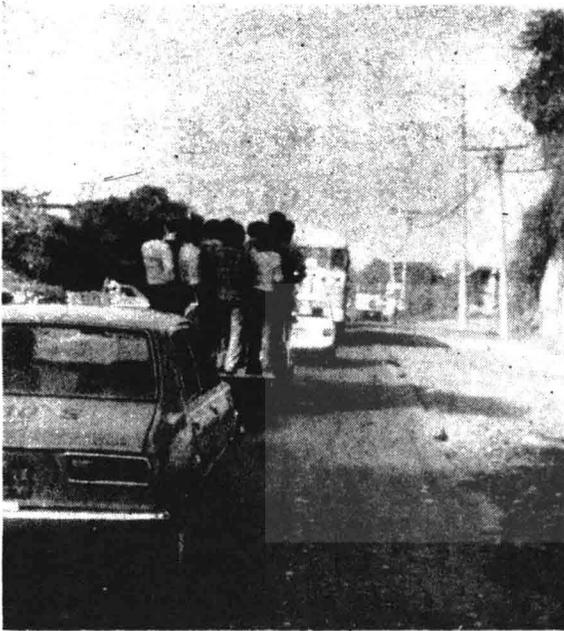
Entre el primer paro y el segundo estuvo el anuncio de otro para los días 23, 24 y 25 de julio. Un paro que, después de anunciado, tuvo que ser cancelado. La razón de la suspensión del paro estribó en que las organizaciones político-militares no estaban preparadas en esas fechas para acompañar con actividades pre-insurreccionales y militares el nuevo paro. Por que se trataba de un paro nuevo. No se quería repetir el anterior; se quería iniciar con él una nueva etapa de actividad insurreccional y militar, dejando en un segundo plano lo que era el paro en sí mismo.

Que esto era así se comprueba fácilmente de la increíble cantidad de actividades insurreccionales y militares que se hicieron durante los tres días del paro y que no pudieron ser improvisadas, antes al contrario tuvieron que llevar la mayor parte de tiempo y de esfuerzo de la parte revolucionaria del Frente.

La repetición del paro y la suspensión de la primera fecha programada incidieron en su efectividad. Como incidió en su efectividad la dualidad de propósitos y de tácticas, que no se dio en el primer paro.

Por su parte el gobierno, la Fuerza Armada y el conjunto de la derecha se aprestó para que no se volviese a repetir el triunfo del primer paro. El gobierno y la Junta no tuvieron el menor reparo en aparecer unidos con la derecha productiva del país. No había diferencia alguna entre lo que decían los militares y los miembros de la Junta —con la llamativa excepción del Coronel Majano que no hizo gesto público alguno contra el paro— y lo que decían ANEP, ASI, la Cámara de Comercio, etc., instituciones todas representativas del capital salvadoreño y de los empresarios, aunados ahora todos ellos —incluso los sectores agroexportadores— en la Alianza Productiva. No se trataba de una cuestión puramente táctica; se trataba más bien de demostrar que la contraposición fundamental que existe en el país es entre la derecha a la que pertenece el gobierno y la izquierda agrupada en torno al FDR.

Las armas, que la derecha tomó en sus manos, fueron las clásicas. Los medios de comunicación se emplearon a fondo contra el paro; el



gobierno puso en vigencia el decreto 296, que permite la expulsión definitiva del trabajo por modo sumario a los trabajadores públicos que no se presenten a sus labores; la Fuerza Armada prometió su presencia masiva en las calles; los cuerpos de seguridad amedrentaron a los empresarios de buses y a los responsables del transporte. Frente a esto, la izquierda apenas pudo volantear los propósitos de su paro.

El resultado en esas condiciones era previsible. Un relativo fracaso del paro, pues circularon los buses, se abrieron comercios e industrias y se trabajó en las oficinas públicas. La actividad comercial y laboral bajó notablemente, pero no así la apariencia de que todo era normal. Sólo en el sector educativo el paro fue prácticamente general. Pero lo que fue un éxito importante es la otra vertiente del paro, la de ser principio y arranque de una nueva etapa en la preparación de la insurrección general y de la lucha militar abierta. Las cifras en este terreno son francamente llamativas.

Las fuentes del Frente Democrático Revolucionario y los partes de guerra de las distintas organizaciones político-militares prueban una actividad pre-insurreccional y militar realmente importante. Así informan de 350 acciones insurreccionales durante los tres días del paro; sólo en el departamento de San Salvador hablan de 38 barricadas, 34 atravesadas de buses, 44 quemas

de buses, 9 destrucciones de importantes líneas eléctricas, 9 bombas, 2 dinamitaciones. Informan asimismo de 59 acciones militares en el mismo departamento. Por otro lado consideran que han causado al enemigo en esos tres días 462 muertos, mientras que ellos sólo reconocen haber tenido 45 muertos. Es posible que estos datos estén inflados, pero es indudable de que en los días del paro hubo fuerte acción insurreccional y militar, especialmente en la capital.

Sin embargo, no puede decirse que el gobierno saliera debilitado de la prueba. Subrayó el fracaso político del paro y oscureció lo que en él pudo haber de militar e insurreccional. La prensa internacional, que no analizó adecuadamente esta dualidad de paro laboral y labor insurreccional-militar, quedó desconcertada y atribuyó el triunfo al gobierno y la derrota al Frente Democrático Revolucionario. La opinión pública salvadoreña quedó envuelta en las interpretaciones tendenciosas y parciales de los medios de comunicación. Pero incluso las organizaciones populares confesaron, al interior del Frente Democrático Revolucionario, que el paro había mostrado en lo social y político fallos importantes. Lo cual, según ellos, no dejaría de ser grave, pues aunque el acento de la coyuntura debe ponerse más en lo militar, lo político sigue siendo también decisivo. La gran masa tanto de trabajadores como de empleados públicos no pudo ser

convencida y se sometió a la presión gubernamental y empresarial. No quiso arriesgar sus puestos de trabajo.

Parece también que el FAPU y las RN no pusieron demasiado entusiasmo en el paro. Sin embargo, el día 21 el sindicato STECEL, afiliado a FENASTRAS declaraba un apagón nacional, una suspensión general de la energía eléctrica. Fue una medida tomada exclusivamente por la RN, al parecer sin la consulta y sin el apoyo de las demás organizaciones político-militares, subrayándose así una vez más la falta de unidad total que se da entre ellas. El gobierno pareció aceptar pronto y fácilmente las demandas laborales, incluida la reincorporación de los despedidos con ocasión del paro. Pero los sindicalistas presionaron también con medidas políticas, lo cual ya no fue aceptado por el gobierno. Este declaró el Estado de emergencia y militarizó no sólo la CEL, sino también ANDA, CEPA y ANTEL, es decir, los servicios públicos más importantes que afectan a la luz, al agua, a las comunicaciones y al transporte básico. El gobierno respondía así una vez más militarmente a un problema político, que se ve en la incapacidad de resolver políticamente.

Con ello tenemos que el paro de los días 13, 14 y 15 de agosto se ha convertido en el paso de una etapa a otra, lo cual supone un recrudecimiento de las hostilidades. Las acciones son cada vez más fuertes y más seguidas. Sigue, pues, aceroándose inexorablemente la hora del enfrentamiento final. Si no interviene algún factor radicalmente nuevo en el proceso, ese enfrentamiento es inevitable y, desde luego, desastroso y terriblemente cruel. Pero incluso antes del enfrentamiento, todo el país va a sentir el recrudecimiento de las actividades: por un lado, la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU) va a pasar del hostigamiento a la lucha de desgaste como una nueva etapa de su guerra popular prolongada; por otro lado el gobierno y el alto mando van a lanzarse a nuevas y más profundas formas de represión. Se perciben ya algunos resquebrajamientos tanto en el sector revolucionario como en el sector militar del gobierno, pero estos resquebrajamientos no permiten hablar todavía de una posible transición o mediación, que cortara el proceso de muerte y destrucción que está padeciendo cada vez más intensamente El Salvador.

J.L.A